

para traducir del primitivo texto griego la oracion del que dijo: «Venid á mí todos los que estais cansados y afligidos, Yo os aliviare». Esta oracion, vertida al godo es como sigue:

«Atta unser thu in himinam, veihnai namo thein. qimai thiudinassus theins. vairthai vilja theins sve in himina jah ana airthai. hlaif unsarana thanan sinteinan gif uns himma daga. jah aflet uns thatei skulans sijaima svasve jah veis afletam thaim skulam unsaraim. ja ni briggais uns, in fraistubnjai ak lausei uns af thamma ubilin. unte theina ist thiudangardi jah mahts jah vulthus in aivins. amen».... (El padre-nuestro); ¿Qué cambios debe haber sufrido nuestro idioma desde el dia en que una madre goda rezó por primera vez este padre-nuestro con sus hijuelos! El dialecto godo, elevado á la categoría de lengua escrita en la famosa Biblia de Ulfila, el monumento más antiguo del idioma germano, tuvo por hija la antigua lengua alemana castiza, que desde el siglo VII hasta el XI predominó en Alemania; por nieta á la alemana media y por biznieta á la nueva: los descendientes de la venerable lengua madre se ramificaron en numerosos dialectos.

Los godos no alcanzaron un grado superior de civilizacion en sus dominios de las orillas del Danubio y del Borístenes, pues sobre ellos gravitó á fines del siglo IV, todo el peso de la invasion de los hunos, cuando ya el primer choque habia destrozado á los alanos. Esta espantosa avalancha, precipitándose con sin igual violencia desde el Asia superior, transformó nuestro continente en un mar de pueblos salvajes semejante á un caos; hubiérase dicho que se acercaba el juicio final, el «crepúsculo de los dioses», tal como está descrito en la *Edda*. Los pueblos pequeños se trasladaban continuamente de un punto á otro cual torbellinos de hojarasca en el otoño; mientras que los grandes se vieron obligados á huir, desde el Norte al Sur, desde el Este al Oeste; algunas tribus eslavas, penetrando en Alemania, llegaron al Elba; otras germanas extendieron sus expediciones aventureras hasta el archipiélago griego y las costas del Africa; los suevos, que hasta entonces habitaban la region al este de aquel rio, viéronse impelidos hácia el noroeste de España; los alanos pasaron desde el Don á Portugal, y los vándalos desde el Nieper á Andalucía, y desde aquí á la patria de Anibal. La corriente de los godos emigrantes, irresistible y majestuosa, invadió las provincias de ambos imperios romanos, y al tercer ataque, los visigodos, mandados por Alarico, conquistaron Italia y Roma (410 despues de J. C.). Bastará citar un rasgo característico, para dar á conocer la índole de aquellos reyes de ejércitos germánicos en la época de la emigracion de los pueblos: cuando los descendientes de los Escipiones, Gracos y Césares, presentándose ante Alarico, le dijeron: «¡Oh rey! ¿qué quieres dejarnos?» «La vida» contestó lacónicamente. ¿Cómo se compendiaron los tiempos pasados y futuros en aquella hora en que el héroe godo, sepultado más tarde en el cauce del Busento, mostró á sus huestes, acampadas en las colinas de la campiña romana, la «ciudad eterna», la decrepita soberana del mundo, anunciándoles que era el seguro botin de la victoria! ¿Cómo se reveló su carácter cuando al presentarse los embajadores del senado romano, humildes y suplicantes, no quiso concederles más que la vida!

La emigracion de los visigodos terminó con la fundacion de su reino, que desde el Loira en la Galia, extendíase hasta la costa meridional de España. Al mismo tiempo, ó pocos años más tarde (desde 449, en cuyo año Hengisto y Horsa penetraron en el condado de Kent), los anglo-sajones separaban del imperio occidental romano otra provincia importante, la Bretaña,

fundando, despues de haber vencido á los celtas y romanos en Inglaterra (país de los anglos), siete reinos germanos, que por el Norte se extendian hasta más allá del Frith de Forth y por el Oeste hasta las montañas de Gales. A todo esto siguió el segundo violentísimo choque causado en Europa por los mogoles: Atila ó Etzel, el «azote de Dios», saliendo de Hungría cual torrente impetuoso, con innumerables huestes, entre las cuales se contaban tambien muchas tribus germanas tributarias, en particular los ostrogodos, invadió á sangre y fuego la Alemania, la Galia é Italia. La gigantesca batalla reñida en la llanura de Chalons (451) aceleró la pérdida de aquel nuevo soberano del mundo; pero, en aquel campo sangriento, los germanos habian combatido contra germanos, es decir, los visigodos contra los ostrogodos. El «último romano», Aecio, que habia reunido hábilmente, y por la última vez, todas las fuerzas del mundo cristiano, romano, germánico y celta, pudo resistir con buen éxito al choque del mundo gentil, representado por los hunos, germanos, y eslavos. Atila murió dos años despues, y con él se extinguió el imperio de los hunos. Veintitres años más tarde (476), el germano Odoacro, duque de los hérulos y rugios, concluyó con el mísero espectro del imperio occidental romano, erigiéndose en rey de Italia, es decir, dándose un nombre que ántes merecia de hecho desde que prestó sus servicios á Rómulo Augústulo, última sombra imperial.

Por espacio de mucho tiempo, y desgraciadamente en todo el trascurso de la Edad media, este país siguió siendo el punto favorito de los emigrantes germánicos, y en él hicieron toda suerte de tentativas para formar Estados. Despues de una dominacion de tres años eclipsóse la estrella del hérulo Odoacro, mientras que la del ostrogodo Teodorico, llamado Dietrich de Bern (Verona) en la epopeya alemana, brilló en todo su esplendor, iluminando el horizonte de la península apenina. Ciertamente que la invasion de los ostrogodos en Italia, en el año 489, fué promovida por la astuta diplomacia de Bizancio, que se proponia desalojar á los incómodos germanos de los países bajos del Danubio; pero si en Constantinopla se creyó que Teodorico conquistaria la Italia para la Roma oriental, contentándose con ser gobernador del imperio, incurrióse en un grave error. Despues de vencer varias veces la tenaz resistencia de Odoacro, aniquilando sus fuerzas, y de sitiar algunos años á Rávena, la fortaleza más inexpugnable en aquellos tiempos, Teodorico, á quien sus contemporáneos no negaron el calificativo de «Grande», reinó hasta su muerte (526) en toda Italia con una magnificencia que se reflejaba sobre todo el mundo germánico. Mientras se esforzaba por arraigar entre los godos la antigua cultura, pudo pensar en reunir todas las tribus germánicas en una Confederacion de Estados que dominara el mundo; pero la índole y las tendencias predominantes en la raza germana eran contrarias á esta idea, y mucho más á su realizacion.

Dietrich de Verona, llamado así porque cerca de esta ciudad habia vencido definitivamente á Odoacro, debió contentarse por lo tanto con gobernar la Italia, é hizo de un modo que hasta el pueblo subyugado reconoció su régimen como benéfico. Este monarca, el más célebre de los reyes guerreros que tuvieron los germanos, estaba dominado por el afán de instruirse, aunque su mano, acostumbrada sólo á empuñar el acero, no sabia manejar la pluma, tanto, que para escribir su nombre érale preciso valerse de letras cortadas en metal; pero reconociendo la superioridad de la instruccion romana, esforzóse en aunar el romanismo con el germanismo, no sólo bajo el punto de vista legislativo y administrativo, sino en lo tocante á las ideas y las cos-



LOS GODOS FRANQUEAN LOS ALPES

tumbres. Agradábale atraer á los sabios á su corte, donde en todas partes se rozaban las costumbres antiguas con las germánicas; y su ministro Casiodoro, uno de los últimos que procuró favorecer y propagar la cultura antigua, pudo consolidar los principios de esta para toda la Edad media, porque él fué quien organizó la enseñanza pública superior. El curso de la instrucción en las tres clases inferiores de la escuela se reducía á enseñar el llamado trívio (gramática,



NARSES

retórica y dialéctica), y en las cuatro superiores el cuádrivio (aritmética, música, geometría y astronomía); estas asignaturas constituían las siete artes liberales, y durante el transcurso de la Edad media consideráronse como base de toda enseñanza.

Miéntas que el gran Teodorico se esforzaba en el Palacio de Rávena, con tanta inteligencia como poco éxito, en reconciliar á los germanos é itálicos, á los conquistadores y conquistados, á fin de constituir un todo homogéneo, en la ciudad de Roma, cerca de la antigua Basílica de San Pedro, se iniciaba una política cuyo objeto era la realización de un gran fin, el de erigir en papa al obispo romano. No dejaba de ofrecer un ejemplo sumamente instructivo la sutil diplomacia con que este nuevo poder sabía salir incólume y ganancioso de todas las complicaciones y peligros de aquellos tiempos; ver cómo de cada derrota sacaba las fuerzas necesarias

para alcanzar nuevos triunfos; cómo se ingeniaba para tener en jaque á unos adversarios oponiéndoles otros; y cómo, en fin, acababa por someterlos á todos. Si examinamos el asunto sin preocupacion alguna, veremos que la historia del pontificado en su desarrollo es decididamente la del triunfo del espíritu sobre la materia, de la diplomacia sobre la fuerza bruta; y esta historia nos demuestra evidentemente que cuando se concibe una gran idea y coadyuvan á su realizacion un talento sutil y una energía incansable, se podrán encontrar en la lucha obstáculos, pero nunca imposibles. Los medios de que la Iglesia se valió durante los siglos en que estallaron las borrascas ocasionadas por la emigracion de los pueblos, para someter nuevamente al yugo romano, convertido en cruz, á los que habian aniquilado el poderío de la reina del mundo, pueden considerarse como uno de los hechos más extraordinarios que jamás registró la historia. Examinándolo en su conjunto debemos admirarlo, por más que con harta frecuencia sustituye á este sentimiento la repugnancia, si estudiamos el gran fenómeno en sus menores detalles, pues no se puede negar que, segun se observa en todos los grandes trastornos, en la cristianizacion de los germanos no dieron su fruto siempre las más nobles ideas sin el auxilio de las más vulgares; y que la idea cristiana se valió de unas formas bajo cuya extravagancia y disolucion era imposible reconocer su primitivo carácter divino.

La dominacion y el esplendor de los ostrogodos en Italia sólo habian tenido por guía la voluntad de Teodorico; cuando este falleció, inicióse el período de la decadencia. Amalasunta, ilustre hija de aquel rey, que hablaba indistintamente con griegos y romanos en sus propios idiomas, no pudo contener una próxima caída, y ni siquiera le fué dado preservar su propia existencia de manos de los asesinos. En vano los godos elevaron consecutivamente sobre el pavés tres héroes, Witigis, Totila y Teja, los tres fueron víctimas de la encendida discordia y su pueblo sucumbió á los ardides bizantinos y al genio militar de Belisario y de Narses. La batalla del Vesubio, en 553, consumó la ruina, y con ella concluyó la mision de los ostrogodos en la historia de Italia, miéntras que el reino visigodo, sosteniéndose en España hasta 711, sucumbió al fin en los campos de Jerez de la Frontera bajo el alfanje del Islam. Los ostrogodos, no obstante, tuvieron quien les vengara de los bizantinos é itálicos: de ello se encargaron sus congéneres germanos, los longobardos, que en 568 pasaron los Alpes al mando de su heróico rey Albuino, subyugando toda la península hasta Calabria, excepto algunos puertos de mar. Albuino fijó su residencia real en la ciudad de Pavía, pero los sucesores de San Pedro en Roma, acostumbrados ya á considerar esta ciudad como una propiedad legítima, intentaron y supieron sostener tambien su independencia con más ó ménos suerte contra los nuevos conquistadores, bien que despues se vieron obligados á llamar en su auxilio á los francos contra los longobardos, cuando estos les oprimieron más. Los francos salios y ripuarios, entre tanto, establecidos más allá de los Alpes, al mando de su rey Clodoveo (Chlodovech, 481) habian ensanchado sus dominios á orillas del bajo Rhin, cosntituyendo un imperio que despues de la sumision de los alemanes y borgoñones comprendia todo el sudoeste de la Germania y la mayor parte de Galia. Los francos tenian entónces, sin duda, la superioridad entre los germanos, y demostraban conocer el arte de constituir Estados mucho mejor que ninguna otra tribu gérmana. Su rey Clodoveo, convertido al cristianismo por su esposa, la borgoñona Clotilde, y que á su vez convirtió tambien á los francos, fué á pesar de esto uno de los bandidos más sanguinarios que

jamás hubo en el mundo; pero tambien el político más grande de su época: fué un monstruo semejante á Ivan el Terrible de Rusia, mas á la vez un verdadero fundador y organizador. Cuando en la Navidad de 496 recibió en la catedral de Reims el agua del bautismo, el triunfo de la fe católica sobre el arrianismo fué un hecho: el pontífice romano lo reconoció así y muy bien sabia porqué saludaba al bautizado con el nombre de «rey cristianísimo.»

Clodoveo no pudo preservar á su dinastía, la de los Merovingios, de una decadencia que hizo despreciables á sus descendientes, los cuales merecieron el nombre de «holgazanes»; pero las columnas fundamentales de la monarquía franca, asentadas por Clodoveo, mantuviéronse firmes, sin vacilar tampoco al impulso de la peligrosa invasion musulmana en la Galia; cuando los moros intentaron destruirlas, Cárlos Martel, el «martillo» de los francos, aniquiló en el campo de batalla de Poitiers (732) las esperanzas de los africanos, que se proponian subyugar al mundo germano, y con él la Europa entera. Pareció por lo tanto cosa natural que el hijo de Cárlos Martel, vencedor en Poitiers, Pipino, llamado el Breve, pusiera fin en 752 al estéril reinado de los Merovingios, erigiéndose él mismo rey. En el ceremonial de aquel acto solemne pudo observarse la más extraña mezcla de opiniones y costumbres de los germanos gentiles y hebreos cristianos. En una asamblea del reino, celebrada en Soissons, los jefes francos proclamaron á Pipino, elevándole sobre el escudo ante el pueblo reunido, segun costumbre de sus antepasados; pero tambien los obispos francos, comisionados por el papa Zacarías, asistieron al acto, dispuestos á ungir al nuevo rey como en otros tiempos Samuel ungió á David. Por medio de este acto se daba á conocer y se establecia el nuevo dogma cristiano de la institucion divina de la dignidad real, de los reyes por la gracia de Dios. La Iglesia habia imaginado para la dignidad real un origen divino, pero naturalmente bajo la condicion y en la inteligencia de que, como poseedora y dispensadora de todas las gracias divinas, seria en lo sucesivo soberana de los reyes. Anuncióse que estos debian reinar sobre los pueblos en virtud del «derecho divino;» pero lo que no se decia, aunque se presumiera, era que sobre los tronos reales, debia elevarse la «Sede de Pedro.» Todas las circunstancias concurren á demostrar que ya entónces la Sede romana habia concebido el pensamiento de la dominacion del mundo; y que vió en el germanismo un elemento á propósito para la realizacion de este pensamiento, por lo ménos tal como aquel estaba representado en los francos Clodoveo y Pipino. No cabe dudar que hacia mucho tiempo se ideaba y preparaba en Roma la restauracion del imperio romano en la persona de Cárlos, hijo de Pipino, como más tarde se efectuó, pues debia parecer conveniente y cómodo agregar el poder del cristianismo á la dignidad imperial, de la que pudiera servirse la Iglesia á su antojo, segun las necesidades, como de un «brazo político» siempre obediente.

El apóstol de los alemanes, Winifredo, monje anglo-sajon, que nacido en 680 en Kirton (Inglaterra), murió en su última mision (755) á manos de los frisones, y al que santificó despues la Iglesia agradecida con el nombre de San Bonifacio, tenia ya las mismas opiniones que hemos expuesto respecto á la situacion de los germanos en general y de los reyes francos en particular, en sus relaciones con la Sede romana. Debemos añadir, no obstante, que ya en el siglo IV el cristianismo se habia arraigado en el suelo aleman hasta los límites á que se extendia la influencia de la dominacion y civilizacion romanas; habíanse fundado iglesias, conventos y obispados á orillas del Rhin y del Danubio, y algunos audaces misioneros predicaron